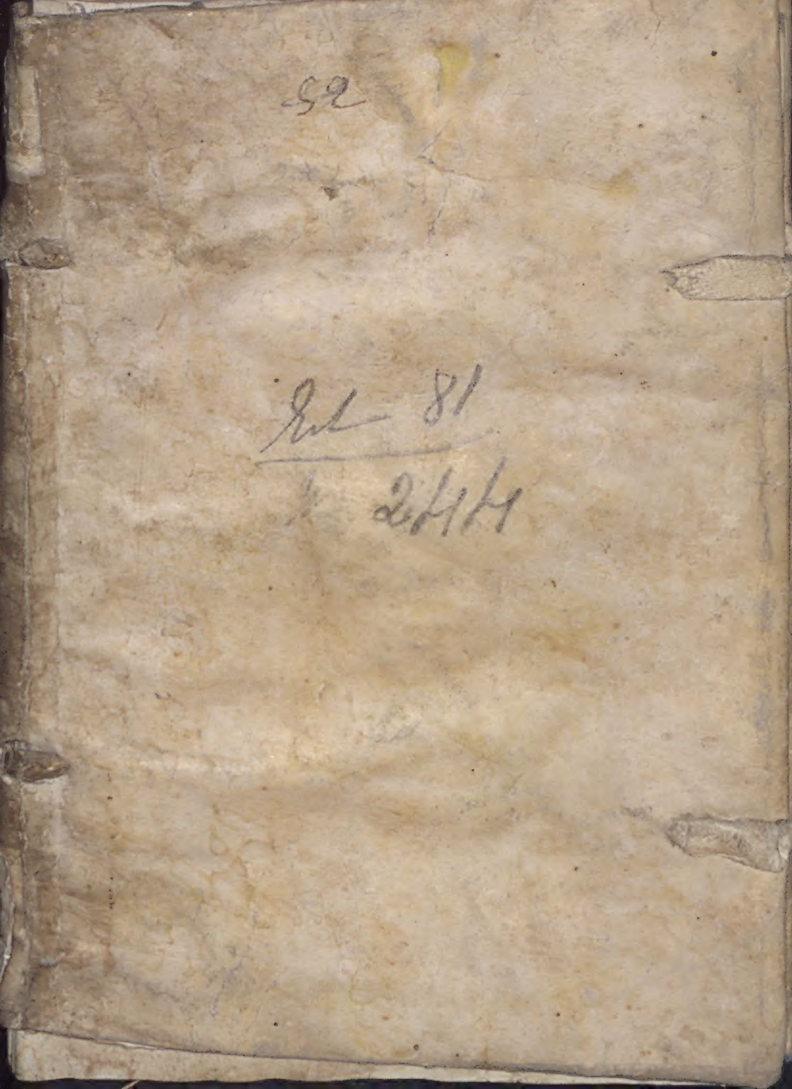
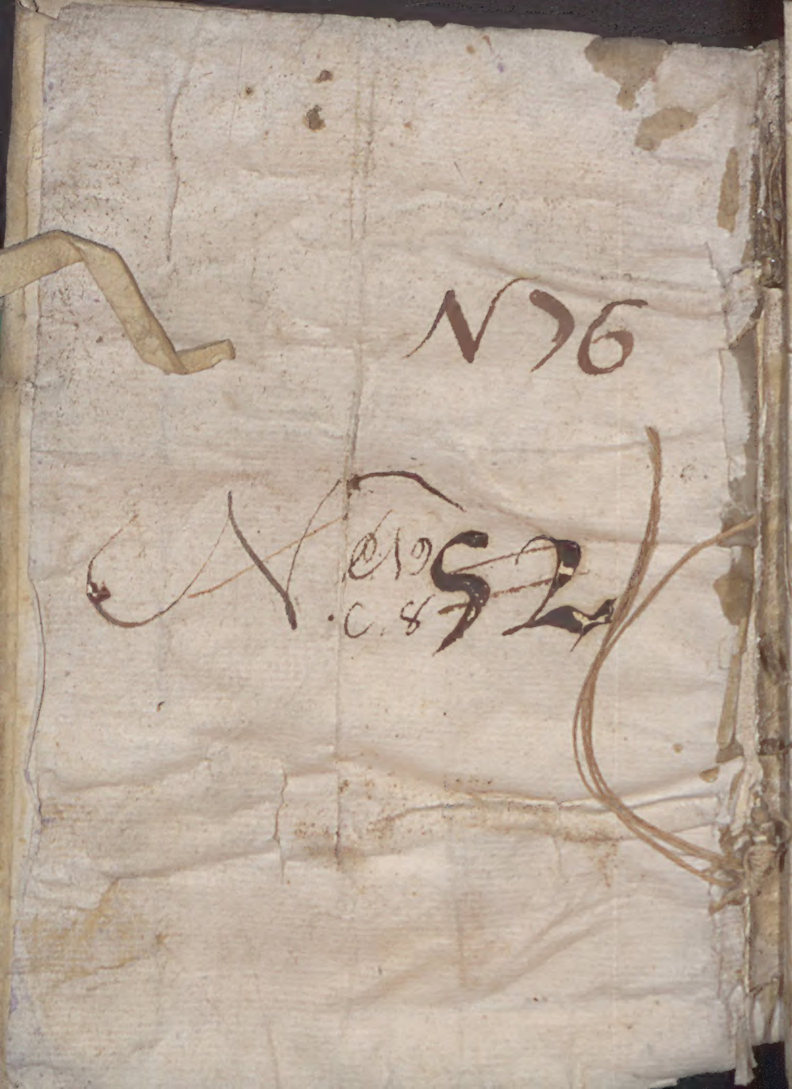


52
81
2441



N 76
N.º 52

LECCION
SOBRE LA VERDAD
Y DIVINIDAD DE LA RELIGION
DE JESUCRISTO,

PROBADA DE UN MODO EVIDENTE

POR SOLO UN HECHO EXAMINADO

A LAS LUCES DE UNA EXACTA CRITICA.

LA ESCRIBIA

EL DOCTOR D. JOSÉ MARIA MURTA,
Presbítero, Catedrático de Religion de la Real Universidad Literaria de esta Ciudad,
y daba á sus discípulos, á cuyas instancias se publica.

DEDICADA

AL EMMO. Y EXCMO. SR.

DOCTOR D. FRANCISCO JAVIER CIENFUEGOS,
Cardenal Arzobispo, y Rector que fué
de la expresada Real Universidad
ect. ect. ect. ect.

SEVILLA:
IMPRENTA DE HIDALGO Y COMPAÑIA.
AÑO DE 1828.

Si autem Christus non resurrexit, inanis est ergo praedicatio nostra, inanis est fides vestra.
D. Paul ad Cor. 1.ª cap. 15. v. 14.

EMINENTISIMO

Y EXCELENTISIMO SEÑOR.

Penetrado de los mas vivos sentimientos, viendo crecer la zizaña de la incredulidad, que no deja de resembrar el hombre enemigo, hombre de pecado é hijo de perdicion, como le llama el Apóstol, en el campo del Señor, meditaba una y otra vez en la amargura de mi corazon sobre un remedio eficaz, para sofocar, por lo ménos, é impedir se propagase mas tan perniciosa semilla, especialmente en el pueblo sencillo, incauto y mal prevenido por la espantosa ignorancia en que se halla de la verdad y divinidad de su Religion sacrosanta. Tenia muy presente lo mucho que se habia escrito en estos últimos tiempos por

tantos sabios Apologistas, como han aparecido en el luminoso hemisferio de la Iglesia, revestidos de un celo verdaderamente apostólico: pero al mismo tiempo observaba que los frutos no correspondian á sus trabajos, porque sus obras no pasaban de las manos de gente instruida ó piadosa. Considerando pues que este medio no era suficiente para ocurrir á un mal de tan funesta trascendencia, me pareció seria mas conveniente seguir el rumbo, que tomaron los Apóstoles de la impiedad para esparcirla, que es lo mismo que proponia Voltaire, en una de sus cartas á Federico 2.° Rey de Prusia, y el que, segun mi corto entender, debe adoptarse en las tristísimas circunstancias en que nos hallamos en punto de creencia, no desdeñandome de tomar en pro de la Religion, como aconseja S. Agustin en sus libros de doctrina cristiana, los mismos medios que aquellos escogieron para combatirla. Los folletos ó papeles pequeños de que se han valido los nuevos socinianos para corromper al mundo, facilmente circulan y se leen, y con mucha mas razon si su costo es pequeño ó ninguno. En

esta atencion, deseando contribuir á la gloria de nuestra sacrosanta Religion y bien de los fieles, me determiné por último á escribir una leccion en pequeño de las que he dado á mis discípulos en la clase de mi cargo, tomando el argumento de la resureccion del Salvador, como el mas á propósito para probar de un modo evidente su verdad y divinidad: porque una vez convencidos de esta los que la leyeren, deben quedarlo tambien de todos sus augustos dogmas y santa moral.

Este es el corto trabajo y como pequeño ensayo que pone bajo los auspicios de V. Ema. mi amor, mi veneracion y respeto, no solo para que se digne comunicarle el realce de su proteccion, sino es tambien para que, si fuese de su superior agrado, le dé un impulso vigoroso, haciendo que se estienda por los pueblos y á cargo de los Sres. Curas, que lo hagan leer por todos y cada uno de sus feligreses.

Espero del nobilísimo corazon de V. Ema. y de su ardiente celo por la religion, que se dignará aceptar este pequeño obsequio, que le consagra el úl-

timo, por todos titulos, de sus súbditos en el orden sacerdotal

Emmo. y Excmo. Sr.

B. L. M. de V. Ema.

su mas obsequioso y humilde súbdito

Dr. José Maria de Murta.

INTRODUCCION.

Si alguna vez fué necesario que se instruyesen los fieles en los fundamentos de la religion sacrosanta, que profesan, y que esta se presentase con todos los brillos de su infalible verdad y divino caracter, nunca mas que ahora, en que el espíritu del error se va propagando impúnemente y de un modo increible en los hijos de la Iglesia, y consiguiendo repetidos triunfos, y con tal desafuero, que no queda dogma que no se ridiculice, Misterio que no se niegue, ni verdad moral que no se disfraze, por lo ménos, para alucinar á los incautos, é inducir la corrupcion general de costumbres, que ya se toca, y se evidencia.

Meditando pues atentamente sobre males tan funestos como sufre la Iglesia Santa, y compadecido de los fatales efectos que van produciendo en tantos infelices cuantos naufragan en la Fé, que

una vez recibieron en la divina fuente de la salud, me he propuesto desengañarlos, para que abran los ojos á la celestial luz, que se les eclipsa, y vuelvan de su descamino, valiéndome de un argumento solo, de un solo hecho, con el que, examinado á la luz de la crítica mas severa, no hay razon que no se convenza, ni entendimiento que no se rinda, por mas corrompido que se halle el corazon, y se vea obligado á confesar que la religion sacrosanta del Crucificado es la únicamente verdadera, únicamente divina, y en la que únicamente puede el hombre conseguir su eterna salud. Este argumento, y hecho magnifico y portentoso es la Resurreccion del Hombre Dios, el que quiso fuese acompañada de tales circunstancias, que enteramente evacuase la curiosidad del entendimiento humano, para que de un modo razonable rindiese sus naturales luces en obsequio de la Fé, y sin poder comprehender sus augustos misterios, porque son sobre sus alcances, se le hiciesen evidentemente creibles, y los que los niegan inescusables en el gran dia de las venganzas.

Los sabios y Maestros de la Religion nada tendrán que aprender, ni á ellos se dirige mi palabra, cuando de ellos mas bien debo ser enseñado. Los Literatos bien humorados, si por casualidad llegase á sus manos este mi papel, perdonarán su desaliño; y los mal humorados podrán servirse de él, solo para su remedio, pues solo es mi ánimo convencer, ya que no pueda alhagar con las bellezas de un estilo capaz de captar su benevolencia.

En fin mi ánimo solo se dirige á los que, faltos de principios y conocimientos de la Religion Santa que profesan, se hallan próximos á una horrorosa desercion de las banderas del Crucificado.

El Señor que conoce bien á fondo mi corazon me conceda, ya que soy para tan poco, que contribuya por este medio á la salud de tantas almas enfermas, y provecho de tantas otras descaminadas: y cuando por sus altos é incomprehensibles juicios no logre todo el fruto que apetezco por el horrendo estado de prevaricacion de muchos, y obcecacion asombrosa que los va conduciendo al último esterminio, tendré

por lo ménos el consuelo de haber contribuido á la gloria de su santo nombre, haciéndolos inescusables en su tremendo y formidable juicio, que no podrán evitar en el dia que ménos lo imaginen.

ARGUMENTO.

Jesucristo resucitó en verdad, y verdad tanta, que no hay otra alguna que tan de bulto se manifieste ni tenga su criterio. Parece como que Dios quiso vincular en este milagroso portento la prenda mas segura, que era de dar á los hombres, para que aquietada su razon y curiosidad creyesen sin detenimiento los augustisimos, y profundísimos Misterios, que se les anunciasen. Esta fué la verdad interesante que anunciaron luego los Apóstoles como firmisimo apoyo de su predicacion, y con la que domaron al mundo no con el hierro, sino con el sagrado leño, que, plantado una vez sobre el monte de la mirra en Jerusalen, vino á colocarse por último sobre el Capitolio, desterradas las negras sombras de la idolatria, que por tantos siglos lo habian dominado. Jamas los Apóstoles hubieran podido conseguir semejantes triunfos, si el Salvador en verdad no hubiese resucitado.

Ni Atenas ni Roma hubieran doblado su cuello al yugo suave de la Cruz, si la resurreccion del Crucificado hubiera sido una mera paradoja, como lo pretenden nuestros regeneradores, queriendo ser creidos solo por su palabra, y por los gracejos con que salpican sus blasfemias execrables contra una verdad, que sola ella basta para confundirlos, descubriendo los ocultos misterios de su iniquidad, que es corromper á todo el Mundo, y disputarle á Dios su poderio, su ciencia, su providencia y demas divinos atributos.

La resureccion de Jesucristo es un hecho cuya verdad escede en criterio á cuantos nos refieren las historias, y que no puede negarse sino por un hombre destituido del uso de sus potencias y sentidos. El Pirronismo es un ente de razon que, no teniendo ser, no puede ocupar lugar sino en un alma baja que no discurre, ó un semi ó seudo Filósofo, que procede de malicia, y que muda de colores y de figura cuando y como le acomoda. La evidencia sola de los sentidos no bast a para los usos de la vida humana, pu es mide un circulo muy

pequeño respecto de la evidencia moral, que es el firme apoyo sobre que descansa la fé pública, y las relaciones recíprocas entre los hombres, los pueblos y las naciones. ¿Que lugar podia ocupar en la sociedad un hombre que solo creyese lo que toca con sus sentidos? Seria mas bien que racional, un ente aislado, digno solo de habitar en los bosques entre las fieras. No obstante por desgracia en nuestro siglo, tan ilustrado como se pretende, y entre los que quieren pasar la plaza de sabios sin otros méritos que su audacia, su desafuero y su incredulidad, solo aquella primera evidencia se quiere que prevalesca cuando se trata de calificar los hechos magníficos de la Religion, sin que esta sirva de provecho, sino única y solamente para los hechos profanos, que no pueden negar sin negarse á si mismos, haciéndose el oprobio de los hombres. Para semejante generacion de vivoras el principio activo de las acciones humanas ó el alma, que es lo mismo, no deberá ser espiritual, porque no se vé, por mas que se demuestre: ni habrá Infierno, ni Gloria, ni vida futura, porque son cosas

sobre el alcance de sus sentidos: luego tampoco, yo les diria, hay ni puede haber Dios, porque no es cosa tangible, comible, ni conocible. ¡Gran Dios que horror!::: Siguiendo tan desatinado rumbo, bien podia yo tambien decir sin rebozo; no existe Roma porque no la he visto, ni Anibal, ni Pompeyo ni Augusto existieron, ni personage alguno de los que nos refieren las historias, ni hechos memorables, ni varones ilustres, ni Monarca alguno, porque no me han informado de ellos mis sentidos; en una palabra no existe cosa alguna hasta que yo le comunico la existencia con mi vista. Si este modo de pensar no és una verdadera locura, no se cual lo sea en toda realidad.

La evidencia moral puede y debe recaer sobre todos y cada uno de los objetos que la merezcan. Las reglas que conducen á un hombre, que piensa como tal, para distinguir lo verdadero de lo falso, no distinguen ni deben distinguir entre los hechos sagrados y profanos. Serán tan verdaderos, por lo ménos, aquellos como estos, si puestos en el crisol se manifiesta su verdad. Digo

mas? podrán ser mas verdaderos los hechos sagrados que los profanos, si les esceden en criterio, prescindiendo por ahora del caracter infalible que les comunica la palabra de Dios, que es la verdad por esencia, y el principio de toda verdad.

Sentados estos como prenotados dije una vez, y repito miles, que el hecho portentoso y milagro estupendo de la Resureccion de Jesucristo examinado por las luces de la mas severa crítica, escede en criterio á todos cuantos nos refieren las historias, por mas evidentes que se conceptuen, porque no hay uno entre estos en quien concurra tal conjunto de caracteres, que lo hacen esterno, por lo ménos, metafísico infalible. El es un hecho posible al brazo omnipotente del que lo es por esencia; público, sensible, y de tan gran momento, como que en él tubo su orígen, y de él recibió toda su eficacia la propagacion del Evangelio. El es un hecho contestado por Autores coetaneos y testigos oculares, que ni pudieron engañarse, ni quisieron engañar al Mundo, ni, aunque quisiesen, hubieran podido con-

seguirlo. El es un hecho en fin tan íntimamente unido con otros indubitables, que dejarian estos de serlo, si aquel no fuese á todas luces y de un modo infalible verdadero.

Estoy bien seguro que no podrá presentarse otro hecho profano, no digo ya que se le iguale; pero ni que se le asemeje aun con mucha desproporcion, sea cual fuere su criterio. Hagamos pues por partes la debida aplicacion, valiéndonos mas bien del raciocinio que de la autoridad, brindándoles con el gusto á los que todo quieren medirlo con el pequeño nivel de su razon, como si esta no fuera tan limitada y finita; pero no necesitando para mi propósito de otras armas mas poderosas, cuales son todo lo que Dios se ha servido revelarnos, usarémos solo de aquel, para que haga el debido servicio á la palabra de Dios revelada, que es el único y propio uso que le corresponde, cuando se trata de materias tan altas y tan superiores á sus alcances.

SECCION PRIMERA.

La Resurreccion de Jesucristo es un hecho posible al brazo omnipotente; público, sensible y de tan gran momento, como que en él tubo su origen, y de él recibió toda su eficacia la propagacion del Evangelio.

Siendo la Resurreccion de un cuerpo exánime una positiva derogacion de las leyes de la naturaleza establecidas una vez por el Supremo Hacedor, no puedo darle otra posibilidad que la que es propia de su brazo omnipotente. Su poder absoluto se estiende infinitamente sobre todas sus obras: y aunque estas son tan arregladas y maravillosas, con el mismo acto purisimo de su ciencia y divina voluntad, que les dió ser, existencia, órden y continuado giro, pudo reservarse el hacer en tiempos aquellas suspensiones, variaciones y derogaciones que contrariasen ó en la sustancia, ó en el modo, ó en uno y otro juntamente, el órden natural que quiso, por que quiso, establecer á todas, y cada una

de sus criaturas, reglándoles su marcha, sus facultades y su potencia, cuando y como conviniese á la gloria y exaltacion de su santo nombre. Esto es cosa tan palmaria, que no necesita de prueba, porque de otro modo seria negarle á Dios sus divinos atributos, ó mas bien negar abiertamente su existencia.

La existencia de Dios no hay quien pueda negarla ni la niegue, si piensa como racional. No hay movimiento sin principio movente; ni efecto sin causa; ni cosa alguna sin razon suficiente de su ser y existencia. Es propísimo de todo lo criado la dependencia de una primera causa. Todo cuanto existe es limitado y finito. El acaso no es un ente real, es una pura quimera. El movimiento reglado y uniforme, que conservan constantemente todas las criaturas, que componen el universo, sin que mútuamente se destruyan, ni pierdan su giro, exige imperiosamente un primer motor, una causa suprema é independiente, un supremo Sér, de quien recibiera el suyo todo lo criado, su conservacion y su existencia. Ahora bien ¿será cosa posible que el Salvador hubiese resucitado?

Siendo pues posible, y habiéndose resucitado á si mismo por su propia virtud, ¿quien podrá ser, sino fuese hombre y juntamente Dios, hombre porque murió, y Dios porque resucitó?

¿Pero la resurreccion del Salvador fué un hecho público, sensible y notorio? No pudo ménos de serlo como lo fué su santa vida, lo fuéron sus milagros, y lo fué su muerte tan estupenda como afrentosa. ¿Como no lo habia de ser, cuando Jerusalen y toda su comarca estaban interesados en averiguar si resucitaba en efecto al tercero dia, como lo habia prometido? Era tan natural que se pusiesen Guardias al sepulcro, y que á estas acompañasen muchos del Pueblo enfurecido contra el Salvador, que sin necesidad de prueba se hace creible se las pidiesen los principales autores de su muerte á Pilatos, á quien exclusivamente correspondia darlas como Gobernador por los Romanos, segun que con suma sencillez se refiere por los Santos Evangelistas. Es preciso confesar que estando humeando la cólera de aquel desgraciado pueblo, irritada por los agentes de la conspira-

cion con las falsas calumnias que habian esparcido, presentando al Salvador como un Impostor que habia venido á acabar con sus ritos, con sus ceremonias, con sus tradiciones, con su templo, y con su Sacerdocio, que toda Jerusalen estaria en espectacion, y no dejarian unos y otros de rodear el Sepulcro: los unos por curiosidad, y los otros para evitar cualquier sorpresa que quisiesen intentar sus Discípulos, publicando despues que habia resucitado, para hacer valer lo que el Salvador habia prometido. De este modo la divina Providencia, que con suma suavidad y fortaleza lo dispuso todo, se valió del ánimo emponzoñado de aquel Pueblo, para que, asi como habia contribuido á la muerte de Jesus, contribuyese á los triunfos de su gloriosa Resurreccion con su presencia.

Permítaseme ahora que yo pregunte á los que se le resiste creer lo que no podrán negar, si es que tienen sentido comun ¿resucitó Cristo, ó no resucitó? No podrán encontrar con seguridad otra respuesta que la que dieron los Guardias inducidos y sobornados por

los Príncipes de los Sacerdotes, segun que nos la refieren los Santos Evangelistas, cuando preguntados dijeron que todos se habian dormido, y valiéndose de esta coyuntura habian robado el Cuerpo sus Discípulos. Porque si decian que habia en efecto resucitado, se conciliaban la saña y el encono de aquellos y sus parciales, á quienes interesaba ocultar el prodigio: y si decian que no habia resucitado, debia manifestarse el Sagrado Cuerpo del Salvador en el Sepulcro. Si decian que habia resucitado, la parte sencilla del Pueblo, que no la habia tenido en la muerte del Salvador, y sus afectos, debian tomar motivo para clamar por la horrenda injusticia cometida contra la inocencia misma: y si decian que no habia resucitado, prostituian su honor y su palabra, no hallándose el sagrado Cadáver en el Sepulcro. No les quedaba pues otra respuesta que la misma que publicaron. Mas esta fué una clara aunque indirecta publicacion del milagro.

Los Guardias testifican que el Sagrado Cuerpo no se hallaba en el Sepulcro, y para encubrir el portento dicen que

estando dormidos lo robaron sus Discípulos. Prescindiendo por ahora de la imposibilidad é incapacidad de los Discípulos para cometer semejante atentado en tales circunstancias, en que no harian poco en huir de las manos sangrientas de un Pueblo enfurecido contra su Maestro, ¿quien vió jamas testigos que depusiesen de cosas que pasaron estando dormidos? Pero concedamos por un momento que asi fuese: ¿como no fuéron castigadas las Guardias con el último suplicio, como lo merecian por semejante delito? ¿Qué pesquisas se hicieron por los Príncipes de los Sacerdotes para descubrir el robo? ¿Cuando fuéron reconvenidos los Discípulos por semejante atentado? ¿Qué diligencias se practicaron para buscar el Sagrado Cadáver, que era como el cuerpo del delito, para acabar con los Apóstoles por semejante crímen? Nada, nada, nada se hizo, y esto mismo puso el sello á la verdad de la Resurreccion, que no pudo dejar de traslucirse á los incautos y sencillos, cuando los malignos no la ignoraban. Por eso apénas se presentaron los Apóstoles con denuedo publi-

cando en el dia de Pentecotés la Resurreccion del Salvador, fuéron tantos los que se declararon en favor de la buena causa, como se refiere en los hechos Apostólicos.

Supuesto todo lo dicho, ¿podrá darse un hecho de mayor momento entre cuantos nos refieren las historias que la Resurreccion del Salvador? ¿No fué, es, y será perpetuamente su santo Sepulcro de donde brotó la fuente rica y abundante, que creciendo luego en caudaloso rio inundó toda la tierra, y la inundará de siglo en siglo hasta la consumacion de todos, fertilizándola con sus aguas salutiferas? El Judio y el Gentil, el Bárbaro y el Scita, el atesado Etiope y los habitadores de Tamnes y de Menfis, bebieron de sus corrientes cristalinas, y dejando las preocupaciones religiosas en que habian sido criados, se alistaron en las banderas de una nueva Religion, que les inspiraba ideas nobilísimas de una vida futura, y los sujetaba al yugo suave de una Ley inmaculada, para conseguirla. El sagrado madero de la Cruz, objeto de escandalo para los unos y de necedad para los

otros, volando de region en region con la rapidez del rayo, vino á ser objeto magestuoso de las adoraciones de los Pueblos y los Monarcas, honrándose estos con llevar tan glorioso trofeo de la triunfante Resurreccion de Jesucristo sobre sus coronas.

Díganme ahora por su vida esos Jebuseos, Amorreos y Amalecitas, ó mas bien esos incrédulos de profesion, que erigiéndose en hombres iluminados afectan con su lengua humanidad, beneficencia y otras virtudes que no tienen, y en su corazon abrigan la mas fiera ponzoña, díganme repito por su vida, será la Resurreccion del Salvador una mera quimera? ¿podrá ser una desaforada impostura bien examinada por las reglas de una severa critica? Pero por si acaso hubiese alguno tan estupido y encaprichado, que de refinada malicia no quiera rendir su entendimiento al imperio de la razon, añadirémos otras para lograr, si podemos, el consuelo de verlo convencido.

SECCION SEGUNDA.

La Resurreccion del Salvador es un hecho contestado por Autores coetaneos, y testigos oculares, que ni pudieron engañarse, ni quisieron engañar al Mundo, ni aunque quisiesen hubieran podido conseguirlo.

No sé porque espíritu de furor se les ha de negar á los Autores sagrados la fé y crédito, que se merecen en los hechos que nos refieren, cuando con tanta prodigalidad se les concede por los incredulos á los profanos, aunque carezcan de un verdadero criterio. Las reglas establecidas y admitidas concordemente por los Literatos de una sólida y exacta critica, como dijimos al principio, no distinguen ni deben distinguir entre los hechos sagrados y profanos. La verdad, que es esencialmente indivisible, debe buscarse donde se encuentre, sea en la Jerusalen religiosa, ó en la pagana Atenas, ó en la supersti-

ciosa Roma. Seria una monstruosidad execrable que se pretendiese despojar á los hechos, solo porque fuesen sagrados, de la evidencia moral, que tengan para ser creidos, como si fuesen de peor condicion que los profanos. La buena y sólida critica todos los considera, y da á cada uno lo que se merece. ¿Pero son tan criticos los Señores incredulos?

Es verdad, y lo confesamos de buena fé, que el milagroso, portentoso y á todas luces magnifico hecho de la Resurreccion del Salvador, se refiere por sus mismos Santos Apóstoles y Evangelistas: pero por lo mismo forman mayor criterio de verdad. Quizá ni los Judios mas encaprichados fueron mas tenaces que ellos en no dar crédito á la Resurreccion de Jesucristo, hasta que el Señor con sus continuadas apariciones venció la dureza de su corazon. La desconfianza formaba su caracter, y aunque se repitan aquellas, no faltara un Tomas que no se satisfaga hasta tocar con sus dedos las llagas de Jesus resucitado, y meterlos en su costado sacratisimo; y esto mismo ha dado mas

lustre á tan sagrado Misterio. Porque ¿quien podrá decir que fuéron unos hombres demasiadamente crédulos? ¿Y como no deberán ser creidos, cuando confiesan con tanta sencillez, y refieren con la misma, su incredulidad, para que sea patente á los siglos futuros? Ni ocultan como pudieran la reprehension que les dió el Salvador por ella el dia de su gloriosa Ascension, llamándolos de corazon duro.

No, no fué una vez sola la que se apareció el Señor á sus Apóstoles ya resucitado, ni en un mismo lugar, tiempo y coyuntura, ni á este ó á aquel por separado solamente, sino tambien de todos modos, en union de todos, y en número de mas de quinientos hermanos, como dice San Pablo en su primera carta á los de Corinto, que aun vivian muchos cuando la escribia. Esto solo comprueba de un modo evidente que ni cabia engaño en sus sentidos, ni podia ser un mero fantasma el aparecido, ni conocian el lenguage de la impostura. No lo primero, porque siendo tan repetidas, constantes y uniformes las apariciones, ora unidos, ora

separados era absolutamente imposible la ilusion de los sentidos: no lo segundo, porque no siendo cuerpo real y verdadero el fantasma, estaria fuera de la esfera del tacto; ni lo tercero finalmente, porque la impostura está en contradiccion con la sencillez, ingenuidad y lisura, que es el carácter propísimo de los Santos Apóstoles y Evangelistas en sus escritos, como no pudo ménos de confesarlo Rousseau en la página 165 de su Emilio. Ellos con mansedumbre heróica refieren la muerte afrentosa de su Divino Maestro. Ellos con suma humildad publican su ignorancia, su grosería, su estupidez y sus flaquezas: y ellos en fin no esperaban, ni podian esperar otro premio de los hombres por su testimonio, que la persecucion, los tormentos, y una muerte cruel. ¿Se conducen por ventura de este modo los impostores?

¿Qué mas? No habiendo Cristo resucitado como lo habia prometido, quejándose amargamente de su demasiada credulidad, hubieran querido ocultarse en las entrañas de la tierra, para no ser objeto del escarnio de un Pueblo

que los llenaria de oprobios.

Pero supongamos por un momento, sin que nos sea lícito concederlo de modo alguno, que los Santos Apóstoles hubiesen formado el vastísimo proyecto de alucinar al mundo todo, publicando falsamente que su Divino Maestro habia resucitado: proyecto ciertamente tan imposible como tocar al Cielo con las manos. Los Apóstoles, por mas astutos que fuesen, no hubieran podido extraer el sagrado Cuerpo del sepulcro para sepultarlo en el olvido, que era el primero y principalísimo paso, y el único y como esencial fundamento del proyecto. Pero demos como por imposible que esto lo consiguiesen; aun les quedaba otro paso que dar, que, si en la imposibilidad caben grados, escederia al último de todos, y era el de fascinar á todos los hombres, llevándolos á tal estado de demencia, que bajo los ominosos auspicios de una mera impostura admitiesen una nueva Religion que contrariaba el sistema moral y religioso de todas las Naciones. Demos pues una ojeada reflexiva sobre estos dos extremos que forman el nudo indisoluble de

una demostracion metafisica, que parte del principio de contradiccion, á que no puede ménos de sugetarse la mas caprichuda incredulidad, sino quiere pasar la plaza de irracional.

¿Los Santos Apóstoles hubieran podido estraer del sepulcro el sagrado cuerpo del Salvador? Este puede llamarse como el punto en cuestion. Pero ¿y como extraerlo?::::: ¿Por la fuerza? eso era un imposible. ¿Por el soborno? desatino. ¿Por descuido de los Guardias? nada ménos. ¿Abriéndose camino al sepulcro por las entrañas de la tierra? Pensarlo solo es un delirio.

Para conceder lo primero era indispensable suponer en los Apóstoles una animosidad gigantesca, muy agena de su humilde condicion y de las criticas circunstancias en que se hallaban. Extraer el Sagrado Cuerpo á la fuerza del sepulcro ¿como podrian conseguirlo sin vencer las guardias? ¿como vencerlas sin combatirlas? ¿como combatirlas sin que quedase rastro ni memoria del combate? Esto que se yo si pueda pasar ni aun por sueño. ¡Extraño combate, para el que es preciso fingir un nuevo ór-

deli de milagros! Combatirse y á viva fuerza, y con armas blancas y sin ofenderse, quedando el combate desde el momento sepultado en el olvido, es un fenómeno tan extraordinario, que jamas podrá entrar en la esfera de lo creible. ¡Válgame Dios con los incredulos! ¡Que fáciles son de persuadirse de sueños, cuando son tan tenaces en no creer la verdad por mas de bulto que se les presente! Ni los Guardias, viéndose acometidos, y por fuerzas superiores como debe suponerse, piden auxilio á la Ciudad que estaba un paso: ni resulta del combate un solo muerto, ni un herido: ni á los Apóstoles se les hace un cargo siquiera por semejante atentado.......: Esta cadena de desatinos solamente puede caber en la cabeza de un incredulo.

Si lo primero es imposible, no lo es ménos lo segundo; porque ni cabia el soborno en los Apóstoles, ni mucho ménos, si puede decirse, que los Guardias pudiesen prestarse á ello. La escena tragica, que acababa de consumarse en la persona de su Maestro sobre el Golgota, era tan natural que los hubiese consternado en términos de que solo

pensasen en su seguridad individual. Para el soborno se necesitan numerario, destreza, conocimiento, ascendiente, y suma precaucion. Nada de esto tenian los Apóstoles. Pero demos que lo tubiesen ¿que iban á conseguir? No otra cosa que su propio exterminio. ¿Y con que fin, con que utilidad, con que provecho, suponiendo que Cristo no hubiese de resucitar? No resucitando Cristo, debia ser tenido por un verdadero impostor, objeto del desprecio y de su justo enojo por haberlos engañado. En tal caso ¿seria la sombra de su héroe, por la que aventuraban su existencia

¿Y que dirémos de la Guardia? ¿Serian hombres accesibles al soborno? El interes de estos estaba perfectamente identificado con el peculiarisimo del Sacerdocio, del Magistrado, y gran Sinedrio ó Consejo de la Nacion La causa se habia hecho comun; los ánimos de todos estaban agitados de mil contrarios afectos, esperando con impaciencia el desenlace de una tragedia que jamas vieron los Cielos. La Naturaleza toda estaba en suspenso: el pavor habia tendido sus funestas alas sobre todos los

habitantes de aquel hemisferio. Aunque la contemplasemos pues susceptible de ser corrompida con deshonor del nombre Romano, las circunstancias, por tan criticas, no eran á propósito. Por animosos que se considerasen, un *puede ser que resucite* era forzoso los tubiese en espantosa inquietud, causándoles un terror panico el mismo Sagrado Cuerpo que custodiaban No podian ignorar que la vida del Salvador habia sido una cadena de portentos. Los dos mayores Astros que gobiernan la tierra aun no habian vuelto en su color nativo. La Tierra con el miedo de lo pasado aun parecia que temblaba, y las profundas hendiduras de los peñascos amenazaban sepultar en su seno á los vivientes. ¡O si fuera posible que se repitiese otra igual escena y con otro motivo! Entónces veriamos en que paraba toda la animosidad de los espíritus fuertes ó incredulos de profesion. Pero eso estará quizas solamente reservado para el último de los dias, en que clamarán á los montes que los escondan en su abismo. Todo este conjunto de circunstancias hacian alejarse á una distancia imperceptible la

sola posibilidad del soborno, sin contar otras que son de fácil conjetura; porque ¿como era posible que el misterio hubiese quedado tan oculto, que no se hubiese traslucido entónces, ni en los siglos que le han sucedido? Pero ahora reflexiono que eso estaba reservado á la sagacidad, penetracion y sutileza de nuestros regeneradores los Señores incredulos, que con la audacia, que les es propia, claman hubo soborno, queriendo ser creidos por su palabra, y que no se necesite de otra prueba.

No son ménos á proposito las circunstancias, para que la Guardia toda entera se hubiese dormido, y con tan profundo sueño, que no fuese ya una semejanza de la muerte, sino una muerte positiva, que durase solo aquel preciso tiempo á juicio de los incredulos, que necesitasen los Santos Apóstoles para romper el sello público, levantar la losa que cubria el sepulcro, sacar el Santo Cuerpo á su salvo, sin temor, sin sobresalto, y conducirlo con paso lento hasta el monte Nebo, donde colocado con el arca santa pareciese cuando se desplomasen los cielos. De otro modo

no es posible comprehender que clase de sueño fuese el que acometió á la Guardia, reduciéndola á tal estado de insensibilidad, que ningun ruido la despertase. ¡Miserable recurso de la incredulidad! Los inicuos consejos, con que maquina desfigurar las obras maravillosas del Altísimo, contribuirán siempre, mal de su grado, para su confusion. Por que lo ha dicho una vez el Señor y no puede faltar á su palabra, *que perderá la sabiduria de los sabios, y reprobará la prudencia de los prudentes.* Ni la guardia pudo dormirse, ni tan frivolo pretesto pudo servirle para ocultar la triunfante Resurreccion del Salvador, como ántes queda dicho, sino mas bien para hacerla patente y pública. De este modo se burla Dios de los conatos de los hombres, valiéndose de sus mal tiradas líneas para formar un tipo magestuoso, que les represente la gloria de su Santo Nombre.

No les queda ya por último otro recurso que tomar, para llevar á cabo su argumento contra la gloriosa Resurreccion del Salvador, que la ficcion poetica, medio muy á propósito y espedito

para convencer:::: (sino se finge un nuevo ente, un monstruo, ó un hombre destituido del principio activo de sus operaciones, no se á quien.) Porque abrir los Apóstoles una mina subterranea para conducirse por ella hasta el santo sepulcro, y haber extraido el Sagrado Cuerpo de su divino Maestro, no es sino soñar, y querer que hasta los sueños, no pudiendo encontrar otra salida, valgan por argumento contra la verdad incontestable de la Resureccion del Salvador. De este modo se prostituyen los incredulos, dando bien á conocer el fanático furor que los anima contra la Religion. Para que pudiese proceder tan desaforado desatino, debian presentar en mapa con su pitipie esa soñada mina, las varas de su longitud entre sus dos puntos ó términos, el diametro de su concavidad, el tiempo necesario para abrirla, y cerrarla despues, sin que quedase ni aun rastro, porque, descubierto, se deshacia el miserable encanto, con que pretendieran alucinar á Jerusalen. Debian tambien marcar una tal profundidad, que no pudiese la Guardia ni oir, ni sentir la maniobra. Tales son los

raciocinios de que se valen para combatir un tan augusto Misterio, que ní aun merecen el nombre de cautelosos sofismas, ni otra respuesta que la execracion y el desprecio.

Por estos lineamentos, que aunque en tosco forman el magnifico y luminoso cuadro del hecho mas brillante que puede presentarse al examen de la mas refinada critica, debe quedar convencida la razon humana, sin otro auxilio, que el de sus luces naturales, de que la Resureccion del Salvador escede en criterio de verdad á cuantos hechos nos refieren las historias: porque no se dará otro que se le pueda comparar por ningun aspecto que se mire Esto solo bastaba para que quedase establecida como una verdad de primer órden la Resureccion del hombre Dios.

No siendo pues cosa posible el paso primero, que debia servir de fundamento á la impostura; porque descubierto que fuese el Cuerpo del Salvador, quedaba en flanco, lo era mucho ménos que bajo los auspicios de una mera ilusion pudiesen los Apóstoles trastornar el sistema religioso de todo el

mundo. Ni la astucia, ni la sabiduria, ni toda la plenitud del poder humano hubieran podido conseguir el exito de una empresa, que excede todos los límites de lo posible. La espada vencedora de un Conquistador atrevido, á quien favorezca decididamente la fortuna, bien podrá quizás trastornar los Imperios, y cambiar el sistema político del mundo, pero no sus costumbres, sea cual fuese su moral, ni su aspecto religioso, y con la celeridad del rayo, como lo hicieron los Apóstoles, y como no pudo ménos de confesarlo, hablando á otro propósito, el Sr. de Montesquieu. ¿Seria cosa posible que la idolatria, cuyo origen competia con el de los Imperios, cuya dominacion ocupaba la mayor parte del globo, abandonando sus templos, sus ritos, sus ceremonias, su Sacerdocio; infatuada con la fama de un mero prestigio despojase al gran Júpiter de los honores de la divinidad, que hasta entónces le habia tributado, para colocar en su trono magestuoso al divino hijo de la Santísima Maria, nacido en un pesebre, y muerto como un infame en un afrentoso pa-

tibulo? ¿Seria cosa posible que Jerusalen, centro de una religion que blasonaba de divina, tan encaprichada en las tradiciones de sus mayores, llegase á tal estado de demencia, que dejándose dominar de tal impostura, ofreciese un dia humildes omenajes al instrumento mismo que sirvió de suplicio al que miró como fingido Mesias? Si asi fuese, lo seria tambien la transformacion espantosa del mundo racional, sin otras causas, ni razon suficiente, que el leve impulso de la tímida voz de unos míseros pescadores nacidos y educados en la obscuridad.

Por mas fecunda que se imagine la fábula en ficciones, jamas pudiera concebir el atrevido proyecto de formar entes posibles de lo imposible. Estos son dos extremos tan opuestos, que ni toda la omnipotencia de Dios puede conciliarlos, sin destruir la esencia de la verdad, ó lo que es igual, sin destruirse á si mismo. Pero esto estaba tambien reservado á los Sres. incredulos tan acostumbrados á desatinar, que las ideas contradictorias, segun el calculo de su particular filosofismo, gozan de un mismo

criterio. Su conducta exotica y extravagante en punto de creencia me hace casi sospechar, que han encontrado el bellísimo secreto de vadear el principio de contradiccion, dando al traves con el copioso aparato de sólida ciencia, de que blasona la mas exacta filosofía, logrando el feliz descubrimiento de una nueva quimica, para descomponer la verdad en partes como esenciales, formando de ellas á su antojo entes reales ó quimericos, segun les viene á las mientes, ó acomoda á los misterios de iniquidad, que, como aves nocturnas, conciben en la obscuridad de la noche, y y que aunque horrendos, procuran enmascarar con los mas delicados afeites, y vestir de todos los primores de una refinada elocuencia, para que parezcan deidades bajadas de las nubes á un sin número de admiradores de ambos sexos, que embelesados con sus bellezas, beben en copa dorada el tósigo mortal de la incredulidad que se les comunica.

No, Señores mios, no; por mas que se desviva vuestro ingenio, apurando todos los recursos que os dictare la ponzoña, que una vez bebisteis en el caliz de

la prostituida Babilonia, no podreis empañar con el negro vapor, que exala vuestro corazon corrompido, el luminoso reflejo de Divinidad, que recibe la religion santa de la triunfante y gloriosa Resureccion del Salvador, ni negar su eterna é infalible verdad, sin hacer una traicion horrenda á vuestra propia razon. ¿Que mas?

SECCION TERCERA.

La Resureccion del Salvador está íntimamente unida con otros hechos indubitables que no necesitan de prueba.

Aunque lo dicho hasta ahora basta para que el incredulo mas obstinado rinda su erguido cuello al imperio de la razon, que lo obliga á creer como un hecho incontestable el que Jesucristo en verdad resucitó: no se tendrá por cosa estraña añadir razones á razones, á quien le sobran, para que mas y mas confundido el espiritu del error huya precipitado á esconderse en el Averno, entre tanto que la divina verdad, coronada de laureles, celebra con dulces cantos los triunfos del celestial Nazareno. ¿No es verdad que los Santos Apóstoles, apenas muerto Jesus, publicaron que habia resucitado con tal valor y denuedo, que las primeras impresiones de sus voces estremecieron la Sinagoga, y blandiendo los aires, penetraron hasta el

Capitolio, que abatió por último su orgullosa frente, abrazando las humillaciones de la Cruz para aumentar los triunfos de la gloriosa Resurreccion del Salvador? No podrán ménos los incredulos de confesarlo, sino quieren ser comparados con los Hotentotes y Cafres de los pueblos mas bárbaros é incultos del nuevo mundo, y agenos de toda ciencia. Si pues es tan verdad la propagacion del Evangelio: y si esta es un efecto necesario de la Resurreccion del Salvador ¿porque han de querer llevar al cabo su obstinacion, cerrando los ojos á la luz, que se les eclipsa, cuando una vez traspuesta en su ocaso, no les quedará otra suerte que la de un *erré* mal aventurado y eterno?

Permítanme los Señores incredulos que yo les proponga este problema. ¿Puede ser la propagacion del Evangelio un hecho sobre toda evidencia, y la Resurreccion del Salvador una impostura? Si me responden que no, no les queda otro recurso que cantar la palinodia. Si me responden que si, es necesario que espliquen el modo; porque si una y otra perfectamente se identifican, no

puede negarse la una sin que se niegue la otra. Por eso decia S. Pablo, si Cristo no ha resucitado, es vana nuestra fé, y en vano nuestra predicacion.

No es imaginable lo que se afanan los incredulos para resolver el problema; pero sin otro fruto que el de manifestar su falta de lógica, de critica y buena fé. No encontrando otro recurso se flechan contra la propagacion del Evangelio, como si no fuese una obra maestra del brazo omnipotente, por cualquier aspecto que se mire. Porque ¿quien sino Dios y solo Dios hubiera podido trastornar el sistema religioso de todo el Mundo, valiéndose de instrumentos tan débiles como unos pobres pescadores? ¿Quien sino Dios iluminar la obstinada ceguedad de los Judios, que tubieron la dicha de reconocer por su divino Mesias á quien la mas fiera ingratitud habia dado la muerte en un patibulo ignominioso, confesando su triunfante Resurreccion? ¿Quien sino Dios quebrantar la obstinada dureza del corazon de los Gentiles, para abrazar una Religion, que, dando al traves con toda la fastuosa muchedumbre de sus dioses,

rindiesen sus adoraciones al que tubieron por un mero hombre, y crucificado á manos de su mismo pueblo, dando entera fé y crédito á su gloriosa Resurreccion? ¿Quien sino Dios comunicar un valor tan heróico á un inmenso número de Mártires de ambos sexos, de todas edades, estados y condiciones, que rubricaron con su sangre enmedio de los mas atroces tormentos su augusto testimonio de la divinidad de Jesucristo y su divina Resurreccion? ¿Quien sino Dios pudiera, por último, sacar en magestuoso triunfo á la amada Esposa del Cordero, la Sta. Iglesia, de las cruelísimas y sangrientas persecuciones que sufrió desde su cuna por el largo espacio de tres siglos, en que andubieron á porfia la crueldad de los Emperadores para acabar con el nombre cristiano, por cuantos medios les sugirió su malicia, y la invicta paciencia de tantos verdaderos Israelitas, hijos del siglo futuro, que la honraron con su sangre, con sus ejemplos, con sus virtudes, y la defendieron con sus luminosos escritos?

Si no temiera pasar los limites de lo

conveniente á un pequeño ensayo en defensa de la Religion, para que fácilmente circule, que es lo que me he propuesto, tomaria muy de mi cargo formar el analisis, por lo ménos, de cuanto se ha escrito en estos últimos tiempos, y en cada uno de estos estremos, por tantos beneméritos Apologistas, cuyos nombres serán siempre respetables en los gloriosos fastos de la historia de la verdad, y son bien conocidos del orbe literario. Baste lo dicho para mi propósito, pues el que quiera tener mas conocimiento en materia que tanto interesa, podrá fácilmente conseguirlo en tantas Apologias de la Religion antiguas y modernas como circulan.

COROLARIO.

A vista pues de la evidencia moral y tan calificada con que se justifica la triunfante Resurreccion del Salvador, y del examen que acabamos de hacer, contemplándola como un hecho puramente histórico conforme á las reglas de la mas severa critica; siendo, como lo es un hecho posible al brazo omnipotente, público, sensible, y de tan gran momento, como que en él tubo su origen y de él recibió toda su eficacia la propagacion del Evangelio: siendo al mismo tiempo contestado por Autores coetaneos y testigos oculares, que ni pudieron engañarse, ni engañar, ni aunque lo intentasen, hubieran podido conseguirlo: y estando tan íntimamente unido con otros tan indubitables como lo son las persecuciones que sufrieron de parte de los Emperadores paganos, la sangre de los Mártires, que corrió como caudaloso torrente en ambos Impe-

rios, y la estupenda y milagrosa propagacion del mismo Evangelio, disipando las negras sombras de la idolatria en uno y otro hemisferio; no se que escusa puedan presentar los que se precian de Filósofos, para no darle toda la fé y crédito que se merece, y que exige imperiosamente de todo hombre, que no tiene obstruidos sus órganos sensorios, ó lo que es lo mismo, que piensa, discurre y raciocina. ¿Podrán por ventura oponer evidencia contra evidencia? Y si no pueden, porque es un imposible ¿como pueden negarse á creer un hecho que se entra por los sentidos, y que tan altamente canoniza la razon? Si no pueden negarse á creer los hechos históricos profanos, generalmente admitidos como ciertos por la evidencia de su criterio, mucho ménos la Resurreccion del Salvador, cuando á todos y con tanta desproporcion escede en evidencía.

Siendo pues tan evidente el hecho magnifico y estupendo de la Resurreccion de Jesucristo, y no pudiendo ménos de convenir en ello la mas obstinada incredulidad, obrando segun principios de razon, debe deponer su pertina-

cia, abriendo los ojos á la divina luz, que esclarece sus tinieblas, consultando su propio interes para evitar un por venir tan infeliz como eterno. Si nuestra propia razon no puede vadear por si misma el pielago insondable de los misterios augustos de la Divinidad, que por un efecto de la infinita bondad de nuestro Dios, se ha dignado comunicarnos, entre tanto que militamos en el miserable destierro de este mundo, para que elevandonos sobre todo lo visible, anhelemos y suspiremos de continuo por la eterna posesion de la celestial Jerusalen, amada patria nuestra, derramando y sin cesar copiosas lágrimas por que se prolonga nuestro destierro, ¿como podrá justificarse la cortedad de nuestros alcances para percibir cosas tan altas, y nuestra conducta espantosa, si sobre nuestra ingratitud á tamaño beneficio, tenemos la osadia de declararle á Dios abiertamente la guerra de nuestra incredulidad, tremolando el estandarte horrendo del Filosofismo, para que los pueblos y las naciones hagan una vigorosa resistencia, é inutilizen cuanto es de su parte los benéficos

designios de la divina providencia? ¡Oh! pásmense los cielos; sus puertas se desquicien: y el orbe todo con espantosos sacudimientos, tomando la venganza de ofensa tan enorme de su divino Hacedor, acabe de una vez con semejante raza de insensatos! ¿Que mereceria un vil esclavo, á quien brindandole el Rey con su amistad, y queriendo elevarlo á la alta dignidad de Grande en su Corte, despreciase sus finezas y sus caricias, declarándose en retorno su enemigo? ¿Y no es esto en suma lo que hasta ahora han hecho los incredulos sin motivo, sin razon, ni causa alguna? O díganme por su vida ¿puede Dios haber hecho mas por el hombre, ni tenerle mayor consideracion y miramiento? Le habió Dios una vez por medio de la razon; pero midiendo esta un circulo muy pequeño, y queriendo descubrirle los tesoros inmensos de su divina sabiduria, para hacerlo participante de su gloria, era absolutamente necesario que le hablase tambien por la via de la revelacion, porque de otro modo no era posible que pudiese percibir cosas tan altas y tan sublimes y tan distantes de

su natural exigencia. A este fin se le comunicó un nuevo órden de verdades, en cuya creencia debia cautivar su entendimiento; pero no queriendo el Señor que el obsequio, respeto y obediencia que se debia de justicia á su divina palabra, fuese forzado ni violento, le dió prendas suficientes para que creyese de un modo razonable, de manera que satisfaciese su curiosidad, y se convenciese de la verdad y divinidad de los Misterios, que jamas podrian comprender, porque las luces naturales solo pueden estenderse á las cosas que están en su mismo órden, pero no á las que ni son sensibles, ni visibles, ni imaginables, que es el modo de obrar segun la naturaleza. Prendas dije, y repito, que puso al examen de la razon, no queriendo privar a esta de su propio ejercicio, para que siendo como lo es una emanacion divina, se emplease por una parte en obsequio de su divino Hacedor, y por otra le hiciese con ella el hombre el debido omenage de su fé, bien seguro de los sólidos motivos de su creencia. Asi es que no es prohibido al entendimiento humano poner en el crisol de

una juiciosa critica los caracteres de divinidad que sellan los divinos Misterios. Estos son los milagros y las profecias, tan repetidos los unos y las otras en ambos testamentos, siendo licito á cada uno examinar su criterio, porque no admitiéndolo, ni son milagros ni profecias en verdad.

No me es desconocido cuanto se ha desbarrado contra uno y otro punto; pero tampoco se puede ignorar cuanto se ha escrito sobre ellos por nuestros Apologistas, no quedándoles argumento, que no hayan evacuado con nervio, solidez, buena lógica y acendrada critica. Son bien conocidos los nombres de los Justinos, los Ireneos, los Origenes, los Tertulianos, y otros en lo antiguo, y no lo son ménos en nuestros dias los de un Bergier, un Valsequio, un Baylli, y otros innumerables, que han consagrado sus tareas literarias para oponerse al impetuoso torrente de impiedad que pretende arrancar por los cimientos el magnífico edificio de una Religion siempre vencedora, y á quien solo servirán cuantos combates la declaren para aumentar sus gloriosos triunfos.

Condolido pues del mísero descamino de tantas estrellas errantes, como circulan en nuestro hemisferio, y mucho mas de sus malignos influjos sobre los ánimos de un pueblo mal prevenido por su falta de ciencia de la Religion: llorando en la amargura de mi corazon el espantoso abismo de inmoralidad en que veo despeñarse con una rapidez, como de torrente, una juventud lozana y sin el freno de la educacion, que es el medio para evitar el estremo de una verdadera Apostasía, ó un Ateismo práctico, ó Deismo disoluto, que es lo mismo: me he tomado el corto trabajo, aunque superior á mis pobres fuerzas, de presentar sólamente el argumento de la Resurreccion de Jesucristo, porque en él todos los demas se reconcentran. Ella es un milagro en todo rigor, porque exige una potencia creadora. Ella tiene el carácter de profecia, porque fué anunciada de antemano y no pudo ser prevista: y ella fué cumplida á la letra como se predijo, de un modo tan por menor, y pendiendo su cumplimiento de causas contingentes, que ni ellas mismas podian preveer el conjunto de circunstancias del

suceso, segun que habia sido anunciado: por otra parte es un hecho que bien analizado, al paso que demuestra su verdad, manifiesta al mismo tiempo la que caracteriza de un modo exclusivo nuestra Religion sacrosanta, porque ella sola goza de semejante criterio.

Pero no obstante todo lo dicho, seame permitido tomar de una vez entre manos, toda la fastuosa copia de argumentos con que quieren prevalecer los incrédulos, y con que pretenden deslumbrar á los míseros é incautos ignorantes, y mal humorados por la corrupcion de sus costumbres. Dándoles pues todo el valor que se quiera á sus cavilaciones, y á su absoluta negativa á los testimonios evidentes que prueban la verdad de la Religion, estando su monstruoso extravio en punto de creencia en contradiccion con la fé y crédito de tantos pueblos, imperios y naciones como la han abrazado por el largo espacio de diez y nueve siglos, y de tantos hombres doctos como la han sostenido con su santa vida y luminosos escritos, no pueden caminar sobre seguro sin despeñarse en un profundo caos de remordimientos, de

temores y dudas, sin que pueda sosegarlos un *puede ser* que no los pone á cubierto de la equivocacion, ni puede evacuar el *puede no ser*; y mucho mas cuando puestos en balanzas uno y otro, careciendo aquel de toda prueba, y siendo en verdad un acto suspensivo, no puede prevalecer contra este, á quien le sobran, y es en realidad un acto positivo. Hablemos con mas claridad, y comparemos el uno con el otro: puede ser que la Resurreccion de Jesucristo sea una impostura: que los augustos misterios de la Religion sean una quimera: que las terribles verdades de que tanto blasona sean una mera maniobra de los Frayles y Clérigos para ganarse por este medio la estimacion de los pueblas á semejanza de los Sacerdotes de Baco, de Venus y de Júpiter: puede ser que no haya Infierno ni Gloria, y que el hombre muera de una vez como el jumento: puede ser::::::: que se yo que mas, porque no hay cabeza para tanto desatino. ¿No es este *puede ser* en verdad en lo que se resuelven todos sus raciocinios ó mas bien paralogismos: todos sus argumentos, si es que merecen

el nombre de tales, pues solo consisten en sátiras, bufonadas, desdenes, groseras chocarrerias, gestos y miradas misteriosas ect. ect. ect? y la prueba de ese *puede ser* no es un *¿quien lo ha visto*? por ejemplo, ¿quien ha visto el Infierno, quien ha visto la Gloria, quien ha visto ese alma del hombre tan decantada, y á este modo de las demas verdades de la Religion? Este es el único resultado y el único fruto de los sudores con que se afanan, poniendo en prensa sus entendimientos para combatir la inconcusa verdad y divinidad de la Religion, sin quedar piedra que no muevan. No es decible lo que estudian y se afanan para encontrar materiales con que formar sus estravangantes escritos, llamando en su auxilio las bellezas del arte para fascinar á los incautos é ignorantes. No perdonan las frias cenizas de los Filósofos Etnicos para copiar sus errores, tantas veces y con tanto pulso deshechos como el humo por una nube inmensa de hombres llenos de ciencia y virtud, reproduciéndolos otra vez como verdaderos plagiarios, y queriendo vestirse de su misma piel, para aparecer en el orbe

filosófico á manera de nuevos ástros, haciéndose respetar de un sin número de pedantes que les ofrecen sus sacrílegos inciensos. Pero todos sus trabajos, afanes y tareas literarias, que serian mejor emplearlas en honor de la verdad, vienen á reducirse á un *puede ser* que no los calma, ni los tranquiliza, ni los pone á cubierto del testimonio de su conciencia en la hora fatal de su muerte. Comparemos ahora ese *puede ser* y ese *quien lo ha visto*, y pongamos en balanzas con el *puede no ser* falso lo que se imaginan. Pueden no ser imposturas los magníficos hechos de la Religion: puede no serlo la triunfante Resurreccion del Salvador, su vida santa, sus milagros y sus doctrinas; pueden no ser maniobra de los Frayles y Clérigos las eternas verdades que predican conforme al Santo Evangelio ect. ect. Prescindiendo por ahora del evidente criterio que tiene todo este conjunto de verdades, y todas las de la Religion, reduciéndome á los términos precisos de la comparacion, ¿cual de las balanzas lleva el peso, y vence en el tribunal del buen juicio? Yo quisiera que me diera su dictamen el incrédulo mas

desaforado, haciéndome al mismo tiempo el analísis de las doctrinas, escritos y conducta de los Patronos de uno y otro estremo: que lugar se merecen en el orbe literario los unos y los otros: á cuales debe estar mas obligada la sociedad, en que partido se estrecha mas y de un modo indisoluble el nudo social, que es en lo que consiste la felicidad de los Estados. Estoy muy seguro que por mas encaprichado que sea no se atreverá á mover los lábios siquiera para resolver este llamémosle problema: pero no me parece que se dará por descontento, si confiamos la resolucion á Voltaire, hombre nada sospechoso en la materia, y cuya sentencia debe serle decisiva. Copiarémos sus palabras á la letra para evitar la nota de falsedad. Haciéndose cargo pues de la comparacion y pintando el carácter de los segundos dice: „Qué espectáculo! ¡qué ejemplo! „que autoridad para nosotros el ver tan„tos hombres grandes y reconocidos por „tales en todos los siglos, profesar tan „altamente la Religion cristiana, defen„der su verdad, consagrar los talentos, „y las plumas para sostenerla, y vivir

„conforme á los preceptos que ella en-„seña!" ¿Que tal Sres. incredulos? Pues tendamos ahora la vista sobre los doctores de la impiedad ó patronos de la primera. De estos dice que no lo han sostenido sino „Estóicos encaprichados, „sabios hinchados de su ciencia, hom-„bres mundanos que no reconocen sino „su vana razon, bufones que toman por „argumentos las agudezas, y en fin al-„gunos Teologos que en vez de andar, „por los caminos de Dios, se han estra-„viado por sus propios senderos." Tal es la confesion que la fuerza de la verdad arrancó á este desgraciado ingenio en sus cartas dirigidas al Príncipe de Prusia, y publicadas en 1767.

Si tal es el caracter de los patronos del *puede ser*, estando solo á la pintura que de ellos hace el Sr. de Voltaire ¿serán hombres de mucho provecho para la sociedad, ó serán mas bien unos verdaderos destructores del órden social? Si quieren evitar una nota tan horrenda, es necesario que nos espliquen cual es el sistema que se proponen, y el modo de conciliar las relaciones reciprocas que deben tener los hombres entre si para

gozar de una vida tranquila. Digannos pues por su vida cual es el cuerpo de doctrinas que establecen, cual es la regla de las costumbres: que método de gobierno, que código de leyes, y que Religion por último que enfrene las pasiones del hombre, que no pueden estar al alcance de la potestad civil, por que de otro modo no hay sociedad que subsista. Pero estoy muy seguro de que me responderán con el silencio. Su sistema es el aniquilamiento de todo, y su religion la irreligion, que bien definida es nada mas que un espíritu destructor de toda religion, porque ellos ni adoran, respetan, ni obedecen á Dios ni á Júpiter, ni á Mahoma. Cada uno de los individuos de la confraternidad tiene su propia moral, que suele estar por lo comun en contradiccion con la de los demas Cofrades, porque esta se identifica con los intereses peculiares de cada uno, de modo que esta santa hermandad, ni tiene objeto de su devocion, ni reglamentos ó constituciones por los que debe conducirse, ni cabeza que los reuna: siendo lo único en que guardan la unidad el destruirlo todo, para edi-

ficarse cada uno el baluarte en que pongan á salvo su fortuna sobre las ruinas de las Tiaras y las Coronas, aunque se derrame para ello toda la sangre de sus semejantes. ¿Son otros sus conatos? ¿Tienen ni pueden tener estos otro término? ¿No es un espantoso caos á donde van á parar todas sus líneas?

Y podrán vivir sobre seguro á la sombra que les presta una autoridad tan ominosa sus miserables clientes? ¿Podrán sus prosélitos vivir una vida tranquila bajo tan adversos auspicios? ¿Podrán con su *puede ser* ponerse á cubierto de la ira venidera? Si en los negocios de gran consecuencia y de gran monta en que se interesan la vida, la fama, el honor y los bienes de fortuna se eligen por consejeros los hombres mas acreditados en virtudes y ciencia, y se adoptan los medios mas seguros para no esponerse á un resultado funesto; no habiendo términos de comparacion de estos bienes con los eternos, ¿quien sino un hombre sin seso, un hombre sin sentido comun, un fanatico enloquecido, digno de ser privado del comercio humano por su perniciosa locura, podria aventurarse en el negocio

de mayor importancia á las risueñas esperanzas de un *puede ser* con que le brinda una tropa de Seudo-Filosofos atestados de vicios y de delitos, y enemigos jurados de la verdadera virtud?

Pero por si acaso no basta todo este acerbo de verdades, de consecuencias y observaciones concluyentes, para domar la rigidez de entendimiento de algun incredulo desaforado, quiero presentarle ceñido como en dos puntos ó estremos el como enunciado problema, bien seguro de obtener la victoria muy á su pesar, porque la resolucion no puede ménos de serle muy gravosa. Díganme pues en buen hora ¿que se pierde y se aventura en vivir segun las máximas del Evangelio, y por el contrario, que se pierde y se aventura en vivir segun las que prescribe la impiedad ó irreligion? Me parece que lo veo con rostro ceñudo, confuso y aturdido considerándose vencido, sin atreverse á manifestar su opinion, porque si responde que nada se pierde y aventura en lo primero, viene á reducirse á la nada misma el soberbio Coloso de la incredulidad. No pudiendo pues responder de otro modo.

queda resuelto el problema: porque si es verdad que hay una feliz y dichosa eternidad, ¿quien podrá estar mas seguro de conseguirla; el Israelita ó el Idumeo? ¿el que vive segun las máximas del Evangelio, ó el que abandonandose al tiránico imperio de sus pasiones, se alimenta de un *puede ser* que sea falsa esa eternidad dichosa? Luego el incredulo jamas podrá conseguirla. Tanto es lo que pierde y aventura, que es en suma aventurarlo todo, y de una vez, y para siempre. Porque ¿cuando podrá probar el incredulo de un modo evidente, que esa eternidad afortunada, que promete la Religion á sus fieles hijos, es una quimera? No siéndole posible vive por lo ménos en una incertidumbre espantosa de una eternidad horrible, que en los momentos de calma lo estremece y aterra: funestos presagios de su desgraciada suerte. En el entretanto los verdaderos Israelitas, los hijos del siglo futuro, caminan de virtud en virtud con la dulce esperanza de una suerte bienaventurada en la mansion de los justos.

No mas, porque me he detenido lo que no pensára, con el deseo de acabar

con la incredulidad, si pudiera, que tanto se propaga en nuestro siglo, cobrando de dia en dia nuevas fuerzas con la corrupcion general de costumbres, que creciendo en torrente impetuoso, pretende anegar con sus aguas cenagosas los campos mas amenos de la Iglesia. Ojala y el Cielo me conceda que este mi corto y desaliñado trabajo produzca los frutos que apetece mi corazon, que es la conversion de los incredulos, y cuando esto no pueda conseguirlo, evitar por lo ménos el descamino de los que no teniendo conocimientos sólidos de la Religion, pueden ser envueltos en las negras sombras de la impiedad é irreligion, que va cundiendo con tanto desafuero. El Señor se sirva de este mi pobre trabajo en su honor y gloria, y se digne escuchar benigno mis humildes suplicas por tantos infelices como se despeñan en el profundo abismo de la irreligion.

SOLI DEO

HONOR ET GLORIA.

O. S. C. S. R. E.




84
244


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm